



La literatura en los siglos XIX y XX: una oportunidad perdida

Gabriel Trujillo Muñoz

El café de nadie (1930),
Ramón Alva de la Canal,
Museo Nacional de Arte

EL QUINTO TOMO DE LA COLECCIÓN Patrimonio histórico y cultural de México (1810-2010) se titula *La literatura en los siglos XIX y XX* (CNCA, 2013) —coordinado por Antonio Saborit, Ignacio M. Sánchez y Jorge Ortega—, lo que implica que es una obra que abarca desde el inicio de las guerras de independencia hasta la primera década del siglo actual. Los ensayos aquí reunidos son, en general, esclarecedores, pero fallan no por lo que dicen sino por lo que les falta por decir. Me explico: en el prefacio de este libro de 440 páginas, Enrique Florescano, el director de la colección, afirma que “en la dilatada bibliografía” sobre la cultura nacional como patrimonio de México “no encontramos un estudio que explique cómo esas diversas disciplinas y corrientes de pensar contribuyeron a crear la dimensión geográfica, histórica, antropológica, literaria, musical, artística y cultural del patrimonio nacional. Esta colección se propone llenar este vacío”. Pero en el caso de este tomo no lo consiguieron del todo. Una buena parte del vacío sigue en pie a pesar de sus esfuerzos. Y no sólo por los faltantes, especialmente sobre la narrativa mexicana, sino por la perspectiva centralista que lastra a varios de los ensayos incluidos en esta obra. Es cierto que en los estudios dedicados al siglo XIX aparecen muchos escritores que asumen el desarrollo de nuestras letras dentro y fuera de la ciudad de México con publicaciones surgidas en San Luis Potosí, Jalisco, Yucatán o Sinaloa, pero los ensayos sobre la literatura del siglo XX van en sentido contrario: se constriñen, mayoritariamente, a lo hecho y producido en la capital del país.

Por el lado de los géneros, la poesía sale favorecida y, en ocasiones, como en los dos ensayos sobre esta disciplina en el siglo xx, hay autores e información que se traslapa. En cambio, la narrativa sale perdiendo tanto en el siglo xix como en el xx. Los cuentistas y novelistas, ya sean románticos, modernistas, modernos o contemporáneos, quedan marginados frente a los poetas e incluso frente a los dramaturgos. Sin embargo, a pesar de ello, los ensayos sobre la literatura decimonónica logran exponer mejor la situación de nuestras letras con los cambios culturales, sociales y políticos de su tiempo. Aquí el ensayo de Antonio Saborit titulado “Alacena de sospechas” (en obvio homenaje a las alacenas de minucias de Andrés Henestrosa), puede considerarse el mejor de toda esta obra. Y lo mismo va para la cronología general de obras literarias y sucesos destacados del siglo xix, recopilada por Cuauhtémoc Padilla. Los investigadores de la cultura mexicana se lo agradecemos, de verdad. Sin embargo, para la segunda parte del libro, la dedicada al siglo xx, no hay cronología general. De todas formas queda la duda en términos de una visión retrospectiva más rica que la aquí presentada: ¿por qué no pidieron las colaboraciones de Emmanuel Carballo, de Evodio Escalante o de José Joaquín Blanco para que este libro fuera de verdad una obra de consulta y no una simple reunión de ensayistas, cada uno jalando agua a su molino, creando un paisaje incompleto de nuestras letras, estableciendo la misma distorsión centralista de siempre?

Y lo mismo va para los ensayos de la vigésima centuria. En poesía se cubre el panorama en la mesa de la historia y un poco menos en la dramaturgia. El ensayo está completo, pero la narrativa queda sintetizada en cinco libros (uno de los cuales es del siglo anterior). No existe una historia coherente, amplia, equilibrada de los cuentistas y narradores nacionales. La mayoría son mencionados de carrerita, con una sola obra, para que no digan. A otros ni siquiera se les toma en cuenta.

Por otra parte, Antonio Saborit al menos expone sus intenciones acerca de la literatura del siglo xix, pero

los coordinadores del siglo xx ni siquiera eso hacen. Si para Saborit la meta es debatir la literatura como patrimonio nacional “en la mesa de la historia” y de esa manera “desafiar o sacudir una tradición”, para los ensayos dedicados al siglo xx nos quedamos en ascuas. Son estudios que no logran desafiar o sacudir la tradición literaria y, en cambio, siguen las sendas abiertas por Christopher Domínguez y José Luis Martínez en *La literatura mexicana del siglo xx* (1995), sin la ventaja de una buena colección de fotografías, como sí sucede con esta obra igualmente centralista, publicada hace ya veinte años. Y cuando digo que siguen la ruta trazada desde hace décadas, es que estoy afirmando que buena parte de los autores de *La literatura en los siglos xix y xx* mantiene los mismos prejuicios literarios que su antecesora, que no contradicen el canon establecido por más que le den sitio a los estridentistas y a los espigos amotinados, pero no se estudia a los infrarrealistas ni se les da su lugar a los grupos formados fuera de los círculos del poder oficial y fuera del sacrosanto DF. Sin embargo, lo meritorio de esta obra son los ensayos sobre la creación literaria marginal. Esto, hay que reconocerlo, es un paso adelante para entender la diversidad genérica con que hoy se practica la literatura en nuestro país: los ensayos dedicados a las lenguas indígenas de Natalio Hernández y el de la narrativa policiaca, ciencia ficción, fantasía y minificción de Rogelio Guedea al fin dan el lugar que les corresponde, dentro de la república de las letras nacionales, a estos géneros que hasta hace poco eran tan menospreciados y hoy están en boga.

Pero estos dos ensayos no son suficientes para cubrir las apariencias, porque sólo se mencionan autores para cubrir las bases. Un listado de nombres no sustituye el ofrecer una aproximación, aunque sea mínima, a las aportaciones de escritores de todo el país en relación con su contexto social, político o cultural, a los proyectos y discursos que tantos grupos o movimientos literarios expusieron, en distintas regiones de México, más allá de los grupos y movimientos consagrados por la historia oficial. Y de los escritores mexicoamericanos

que han escrito de lo que es ser mexicano desde el otro lado de la frontera. ¿Ellos no forman parte del patrimonio literario de nuestro país? Tales son los pendientes que faltan en esta obra, los vacíos a que me refiero cuando digo que este libro es una oportunidad perdida para hacer un nuevo recuento de nuestras letras sin el lastre de los privilegios de casta, tal y como los define Enrique Serna en su *Genealogía de la soberbia intelectual* (2013): como un reducto reservado para unos cuantos privilegiados que se ostentan como los verdaderos y únicos representantes de la literatura nacional.

Expongo, por lo mismo, que la calidad ensayística de los colaboradores no es el problema de este libro sino los puntos ciegos que al final reducen la riqueza de nuestra literatura a unos cuantos momentos y personajes ya del todo conocidos. El esfuerzo de este libro es loable pero se queda corto ante el tema a tratar. Se requería más interés y más audacia para explorar caminos tan importantes para la formación de la cultura nacional como la narrativa histórica, la crónica urbana (de las distintas ciudades del país) y la novela realista del siglo xx que, a pesar de todos sus detractores, han sabido mutar y sobrevivir como vehículos expresivos de nuestras vidas en común. Es como si la historia de nuestras letras, en sus 200 años de vida, quedara al arbitrio de un grupo de investigadores que prefieren andar por lugares seguros que aventurarse por territorios inéditos o novedosos. Por eso quedan tantos escritores y tendencias sin cubrir. Se salta sobre ellos y ellas para no tener que meterse en su escrutinio.

El pretexto, supongo, es que esta es una revisión no exhaustiva de la literatura nacional. La razón, tal vez, fue la falta de tiempo para adentrarse hasta el fondo, el que los “puntos principales” estaban cubiertos y con eso bastaba. Pero no basta. No cuando otros libros de la misma colección llegan a tener casi doscientas páginas más para poder presentar lo que ha pasado en su respectiva disciplina artística de la mejor forma posible. Porque al final de cuentas, lo exhaustivo no quita lo interesante y porque lo nacional es más que

la crónica literaria del centro del país en sus autores y editoriales.

Bajo estas circunstancias no es posible asegurar que este libro sea un panorama general para un público amplio, una obra de divulgación que realmente nos ofrezca una visión completa e integral de lo que han aportado nuestras letras y nuestros literatos al patrimonio histórico y cultural de México. Y es que este libro recuerda demasiado a los libros monotemáticos que saca de tanto en tanto la editorial Tierra adentro: una reunión de ensayistas que exponen libremente sus ideas. Lo cual es profundamente creativo pero pocas veces convincente en término de obras panorámicas como ésta. Basta leer los otros títulos de la misma colección para ver que estos problemas no son exclusivos del quinto tomo. *Literatura en los siglos XIX y XX* es una amalgama no bien cuajada de ensayos dispersos. Es como toparse con una revista dedicada al tema. El gusto personal le gana a la visión de conjunto. Los escasos ejemplos no logran salvar los enormes faltantes en obras y autores que esta obra presenta. Y es que no se puede olvidar que este libro quiere mostrar el patrimonio literario de nuestro país y no ser sólo un índice de amigos (por cierto: le falta también un índice onomástico). Pero en muchas ocasiones eso acaba siendo.

¿Es posible explicar la literatura mexicana con los autores que aquí se mencionan y sin los autores que aquí brillan por su ausencia? Para los coordinadores de esta obra parece que la respuesta es afirmativa. Para mí es negativa. Y lo es más cuando se toman en cuenta las antologías históricas (y mayoritariamente cuando se habla de poesía), pero no los diccionarios que allanaron el camino para que se pudiera crear una obra como ésta, libros tan importantes como el *Diccionario de escritores mexicanos* de Aurora Ocampo y colaboradores, publicado en su versión definitiva de nueve tomos (la primera es de 1967) por la UNAM entre 1988 y 2007; o el *Diccionario crítico de las letras mexicanas en el siglo XIX* (2001) de Emmanuel Carballo, sólo para destacar dos de los más representativos, ya que



Antonio Saborit, Ignacio M. Sánchez
y Jorge Ortega, coordinadores
La literatura en los siglos XIX y XX,
Tomo v (1810-2010),
México, CNCA (Colección Patrimonio histórico
y cultural de México), 2013.

estos diccionarios lograron sistematizar una ingente cantidad de información que, hasta su publicación, estaba dispersa o era desconocida sobre las letras y los literatos de distintas partes del país. Como la propia Aurora Ocampo lo dijo en 2005: no se pretendía sólo hablar de figuras eminentes sino de rescatar “figuras menores injustamente olvidadas”, porque sólo así se puede “dar una idea más clara de la vida literaria del siglo XX”, sólo así se logra presentar un “reflejo vivo de la vida cultural” de nuestra nación.

Por eso digo que la promesa hecha por Enrique Florescano en el prefacio de este libro, la de llenar el vacío con respecto a la literatura mexicana en su transcurrir de dos siglos, desgraciadamente queda incumplida. Ya será para otra ocasión, tal vez para el 2110, cuando el gobierno inaugure una nueva estela de luz con el impuesto de sus abnegados contribuyentes o Conaculta nos ofrezca una nueva colección de *ebooks* sobre nuestro patrimonio literario. Mientras tanto hemos de conformarnos con este libro. No es una mala recopilación. Sólo que no cumple con su objetivo principal: hacernos partícipes de una literatura que ha crecido por toda la nación mexicana y cuyos frutos ya no son sólo los del altiplano central, ya no son únicamente los de los poetas reconocidos en el Distrito Federal y anexas, sino los de poetas, novelistas, cuentistas, cronistas, dramaturgos y ensayistas que viven y trabajan de frontera a frontera, de costa a costa.

No es que pida una democracia geográfica con su cuota respectiva, donde estén representados todos los

estados de la república para que nadie se queje. Lo que pido es una visión equilibrada, realmente nacional, que destaque los logros en diferentes lugares, con los diversos grupos literarios que se han formado fuera del centro del país. Hay centenares de estas agrupaciones, de estos movimientos regionales, y al menos una docena de ellos ha creado las bases para el desarrollo de nuestras letras en la mesa de la historia, de cara a todo México. ¿Para qué decir más? O para ser más rotundo: ¿por qué decir tan poco si sus coordinadores tuvieron centenares de páginas para exponer, a partir de los nuevos conocimientos y perspectivas con que hoy contamos, una nueva versión de nuestras artes literarias y la dejaron pasar?

Como dice el personaje de Condorito: exijo una explicación. Ya sé que es demasiado tarde para ella, pero tal vez la próxima ocasión en que alguna institución oficial —alguna universidad o centro de investigaciones, cuando menos— se meta a realizar una tarea semejante no olvide enmendar los fallos de *La literatura en los siglos XIX y XX*, y así apueste por lo nacional sobre lo centralista, por lo diverso sobre lo prestigioso, por lo equilibrado sobre lo jerárquico, por lo vital sobre lo consagrado. Sé que en un México como el nuestro, tan democrático de los dientes para afuera, tan poco dado a investigar a fondo y sin prejuicios, no es cosa fácil. Pero yo sigo con la esperanza de leer un día una crónica de la literatura mexicana verdaderamente nacional. Por ahora, *La literatura en los siglos XIX y XX* es sólo una oportunidad más que se ha perdido. 